

Primera Exposición

Desde el "Allegamiento" a la Vivienda Plena

Joan Mac Donald*

1. En torno al concepto de unidad doméstica

Y o quisiera reflexionar en torno a como vemos nosotros, desde la perspectiva del diseño de una política de vivienda, el tema de la familia.

Parece un poco redundante el que haya que tratar siquiera el tema de la vivienda y de la familia, porque lo lógico es que la vivienda se hace para la familia. Parece entonces, que la relación entre vivienda y familia es un tema muy acabado y muy cerrado. Sin embargo, la verdad es que se ha desarrollado muy poco. Hay muy poco material, incluso conceptual, y menos conocimientos y experiencia en profundidad acerca de qué pasa con nuestras familias en las casas que les estamos entregando, o no les estamos entregando. Este es el problema que más me preocupa.

El asunto central del cual quisiera partir, es discutir un poco con ustedes lo que es propiamente una unidad doméstica, qué es el sujeto de nuestra acción habitacional, o sea, cuál es el sujeto al cual dirigimos este producto que se llama vivienda. En síntesis, cabría preguntarse: ¿Cuál es la unidad doméstica que debiera considerar una política habitacional para hacer justicia a los individuos, a la familia y a la comunidad?

En el concepto de unidad doméstica, convergen tres tipos de unidades distintas. La primera es la unidad de residencia, lo que constituye el grupo de vivienda en los censos y en los análisis demográficos. Es el grupo que vive bajo un techo; este simplemente se define así, porque vive una misma disposición espacial y física.

El segundo elemento sería la unidad de reproducción, que se refiere propiamente a la familia, entendida no sólo como reproducción biológica -con todas sus implicancias de parentesco, pareja, hijos, etc.- sino que más ampliamente como reproducción en términos sociales, culturales y, también, de mantención diaria, de reproducción de la vida, que está nutriendo a ese grupo a través del tiempo.

El tercer elemento sería la unidad económica; en las sociedades tradicionales la vivienda tiende a aparecer asociada a un grupo que produce y consume en conjunto, pero en las sociedades

* Joan Mac. Donald, Arquitecto, Docente Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile y actual Sub-Secretaria del Ministerio de Vivienda.

urbanas actuales, prácticamente la parte producción ha pasado a otros niveles, por lo que estamos manteniendo, al interior de esta unidad, sólo el aspecto de consumo de la economía. En otras palabras, es el grupo hogar; es el que cocina, el que tiene un presupuesto y una dieta y el que prepara su distribución de gastos y toma decisiones respecto a la administración del consumo, en función de los ingresos.

Esos tres elementos debieran en general coincidir, para que haya una unidad doméstica sólida. Así por ejemplo, la gente que comparte una vivienda estará unida también, respecto a la reproducción, familia y parentesco; y, ojalá, también debería estar de acuerdo y compartir lo que se refiere al consumo o administración de un presupuesto.

Sin embargo, esto no pasa con los pobres, que son los que más me preocupan. Por escasez de viviendas, no siempre los miembros de la familia pueden vivir juntos. Por otra parte, no siempre hay dinero para que una familia, aunque vivan juntos, pueda administrar su presupuesto y tener un hogar, una cocina una dieta y un manejo de su vida independiente. Muchas veces, hay que apegarse a los padres, a los hermanos y a cualquier persona, para poder sobrevivir como núcleo.

2. ¿Cuál es el déficit de vivienda?

En la medida que no coinciden estas dimensiones de la unidad doméstica, es que hay problemas. Yo diría que lo que podríamos postular, como primer punto, es que la familia en tanto unidad de reproducción o grupo esencial debiera tener, al menos, la posibilidad de constituir una unidad de esa naturaleza. Si no quiere hacerlo por distintas razones, tal vez porque es más barato vivir con los suegros, etc., es diferente. Sin embargo, la política habitacional debería permitir que cada familia tuviera la posibilidad de una vivienda.

Esto parece muy fácil, pero las implicancias son más o menos gruesas. Con respecto al déficit de vivienda, ¿por qué no estamos de acuerdo? Esto parece un poco raro, ya que las casas se pueden contar y el censo nos dice cuánta es la gente. Entonces, uno dice: "bueno; es cosa de saber sumar y restar". Sin embargo, no da lo mismo y las discrepancias están justamente en la idea de lo que es la unidad doméstica. Y en torno a cuántas podrían ser las unidades sociales afectadas por el problema de vivienda.

Por una parte, el déficit se calcula en forma oficial basado en los hogares; esa sería la unidad de consumo, es decir, la gente que comparte una dieta, y que tiene una cocina en común, sería la unidad demandante de vivienda. Según este criterio, en Chile hay 2,9 millones de hogares.

En cambio, si vamos a la otra idea, de familia como unidad de reproducción, haciendo algunos trabajos de análisis de cómo son esos hogares en su interior y cómo se componen, sube mucho esta cifra y llegamos a 3,3 millones de familias.

En la primera perspectiva, si pensamos que hay 2.5 millones de viviendas -entre buenas y malas- la falta de casas (no estoy hablando de las casas malas que hay que arreglar) asciende a 400 mil viviendas y, por otra parte, en la segunda perspectiva, tendríamos que trabajar en un rango de déficit de 800 o 900 mil casas. Es importante esa diferencia y fundamental en un país pobre, porque además de partir de un presupuesto escaso, lo que se hace, también es distinto. Si uno es realista y no quiere ser demagogo, tiene que pensar en los estándares: o le entregamos mucho a pocos, o poco a muchos. Esto es algo que casi no se puede evitar. Se pueden allegar y hacer más eficientes los recursos, pero al final cuando se diseñan políticas uno se encuentra con esta interrogante: ¿qué

opción tomo? De allí que es muy importante el asunto de cómo vamos a definir la unidad doméstica y pienso que esto debiera ser un tema de reflexión.

Ahora, ¿por qué en Chile, en este momento este problema es tan difícil? Por un lado, porque las políticas habitacionales en general siempre están en la disyuntiva -como decíamos- entre darle mejores casas a menos personas o darle soluciones mínimas a más personas. La verdad es que esa es una opción que necesariamente hay que plantearse en algún momento cuando se trabaja con recursos restringidos.

Por otro lado, se ha limitado también el acceso de la familia a la tierra. De allí que lo que antes fue posible, por ejemplo, a través de soluciones mínimas como las operaciones sitios, o las invasiones, prácticamente, ahora no es factible. Eso significa que el parque de familias ha tenido que ir creciendo hacia adentro. En vez de expandirse a partir de los centros urbanos, fuera de algunas agregaciones muy puntuales, estas invasiones se han producido al interior de las viviendas y de las poblaciones que existían antes. Esto da, finalmente, el cuadro tan dramático de los allegados, lo que es realmente impactante, porque ahí está en juego este concepto de familia y hogar que nosotros estamos planteando.

3. El fenómeno del “allegamiento”

Yo quería plantear también algunos problemas que hemos visto nosotros en nuestras investigaciones con allegados. Encontramos con frecuencia en las poblaciones en un hogar, en un sitio, en un grupo vivienda -por decirlo más ampliamente-, muchos hogares y, dentro de esos hogares, varias familias. Hay ahí un complejo de relaciones. Se ha dicho a veces poco fríamente: “bueno; si la gente vive apiñada en hogares, es porque así lo quiere”. La verdad es que no es así. Nosotros hemos estudiado este fenómeno y la gente sufre enormemente cuando tiene que transar su autonomía familiar porque no tiene donde alojarse. Existe una trayectoria más o menos común de nuestra familia popular. Cuando se constituye una pareja y se casan, es frecuente, incluso socialmente es bastante bien aceptado, que vivan con los padres o con los suegros. Parece aceptable esa situación, porque la necesidad de autonomía no es muy alta, por lo que se incorporan como una especie de subsistema dentro de la familia, de pareja “b” o de segundo orden respecto a la pareja y a la familia principal. Incluso esta modalidad aparece para algunos como ventajosa. Al respecto, la gente nos ha dicho: “Mire; es conveniente, porque uno puede ir ahorrando y no tiene que tomar decisiones que implican una vivienda independiente”.

Cuando llegan los hijos, la situación se complica. Es allí cuando empieza la familia a buscar autonomía. ¿Qué es lo primero que hace? Compra un anafe para poder cocinar en su pieza, aunque sea arriba de la cama e independizarse en ese aspecto de la dueña de casa. Quieren cocinar distinto, quieren alimentar a sus hijos de manera diferente o, a lo mejor, la mujer quiere demostrarle al esposo que sabe cocinar. Hay entonces, miles de móviles por los cuales, ante todo, se constituye una especie de hogar en la pieza donde viven. El paso siguiente, si la situación es muy difícil, es ir al Hogar de Cristo y otras instituciones para conseguir una mediagua, la que instalan al fondo del sitio. Es importante observar en estas situaciones de allegamiento, cómo se negocia el poder dentro del sitio; cómo se establecen los límites. Por supuesto, el dueño de casa tiene más poder que los allegados. Ese es un hecho. Y el allegado tiene mucho temor de que en cualquier momento se le expulse.

Llega a ser impresionante ver como este núcleo familiar que lucha por mantenerse, defiende su intimidad. Uno piensa que una familia es una casa, la verdad es que, muchas veces esa familia es

una cama y a esa cama, sí que no entra un extraño. Es como la última defensa para preservar la intimidad de la familia.

Se ve entonces que hay una tendencia o una tensión hacia la autonomía por la cual la familia trata de llegar a una vivienda básica. Para esto se le presenta la posibilidad de postular al subsidio habitacional, lo que le produce problemas de orden económico. Estas familias tienen un poco de miedo, a veces, de incluirse en el sistema de postulación porque exige un gasto permanente de todos los meses al que es difícil comprometerse con los ingresos que ellos tienen.

Pero incluso, aunque consigan una vivienda, con frecuencia se da sólo una especie de primavera de corta duración, porque llegan los hijos y como el problema de vivienda permanece en el país, los hijos empiezan a crecer, se casan y el círculo empieza a repetirse. Ahora, no son "allegados" sino que son "allegantes", por decirlo de alguna manera. Y comienzan nuevamente los mismos procesos.

Eso sucede en la familia popular actual y es interesante tenerlo en cuenta, de modo de saber que esta situación no es estática; la autonomía se mueve en el tiempo y es soportable sólo a veces. Hay ocasiones en que la situación de allegamiento puede ser beneficiosa, como ya dijimos, y se asocia con muchos elementos positivos: solidaridad, compartir gastos, ayudarse a cuidar los niños, cuidarse las cosas; esto es muy importante en las poblaciones, porque existen muchos robos.

4. Diseño de políticas

Quisiera rescatar de esta experiencia de los allegados algunos elementos para políticas futuras. Después del planteamiento del problema viene, entonces, ver qué podemos hacer. Sería importante mantener la solidaridad; la solidaridad entre generaciones también. La familia que recibe al allegado, a pesar de sus problemas, es capaz de tener esa apertura. Dice: "bueno, yo tengo dos piezas; quédate aquí no más, mientras tanto". Y ese "mientras tanto" se va negociando a través del tiempo, a veces por muchos años. Pienso que esta solidaridad no debiera perderse ni transarse en función de una autonomía muy tajante.

Pero por otra parte, se va generando tensión. Pensemos en un hombre casado, que ya lleva cuatro, cinco, diez años con su mujer y sus hijos como allegados donde sus suegros y que nunca ha podido decir: "Quiero pintar esta pieza de este color" o "Quiero ver este programa de televisión". ¿Qué pasa a su vez con la mujer, que nunca ha podido decir: "Yo quiero cocinar tallarines" o que no puede desarrollar sus decisiones en el espacio doméstico? Nosotros vemos que, el resultado de esto es que sale un niño que nunca ha visto a su madre ser mamá o que nunca ha visto a su papá tomar decisiones, ya que se tiene que quedar callado, porque, de lo contrario lo echan.

Es interesante analizar cómo funciona el allegamiento en términos económicos. Por ejemplo, arrendar un pedazo de sitio al fondo de una casa, para poner una mediagua, vale una UF, más o menos, y el allegado lo paga. Paga además las letras del Hogar de Cristo por la mediagua y paga una cuota de luz y agua; incluso, a veces, tiene que contribuir para los gastos de comida. En síntesis, es caro ser allegado. El postulante medio del sistema básico de vivienda está pagando un dividendo de 0,3 UF, o sea, un treinta por ciento de lo que paga el allegado. ¿Por qué entonces las personas nos dicen que es muy caro postular? Porque el sistema de como operan estos gastos es distinto. Y el jefe de hogar que no tiene un ingreso regular, no soportaría formalizar eso a través de una postulación. ¿Por qué? Porque cuando se queda sin trabajo, la dueña de casa le acepta su explicación y le da plazos nuevos, y porque es posible negociar. Entonces, hay toda una tolerancia, una flexibilidad y una

adecuación en el aspecto económico que debieramos ver cómo se puede trasladar al sistema formal de financiamiento habitacional, de modo que sea posible que esa familia que está gastando más pueda vivir mejor.

Una cosa que también es importante mencionar en ese sentido, es; ¿por qué son tan eficientes los pagos? Porque hay un control social muy directo. Es distinto hacerle eso al Fisco, que está muy lejos, que hacerle eso al dueño de casa. El es una persona, y más aún cuando es la mamá o un tío. Además hay control entre allegados: "Yo pago la luz y ese otro no apaga nunca la televisión, hasta las tres de mañana". Hay un contra-control, aquí que es muy eficiente.

5. Algunas conclusiones

De modo que el sistema de allegamiento es duro y es complicado, pero funciona. Funciona en niveles de recursos bastante importantes. De esto yo creo que se pueden sacar conclusiones a tres niveles. A nivel de políticas generales de vivienda, pienso que habría que analizar la utilidad del concepto de unidad doméstica y analizarlo en base a la realidad de Chile, porque la información que existe sobre la familia es bastante internacional y existe poca información a nivel nacional. Faltan estudios más sistemáticos que nos permitan aclarar nuestros conceptos de lo que debería ser la unidad doméstica. Esto tiene consecuencias éticas y normativas en el diseño de políticas que me parece necesario analizar.

Por otra parte, a nivel de programas habría que ver cómo solucionar el problema de los allegados sin que se pierdan los valores de solidaridad que el sistema contiene y que son propios de la familia chilena. ¿Cómo hacerlo? ¿Desdoblado hogares hacia afuera? En parte tal vez va a haber que hacerlo: si en una casa hay dos familias allegadas, ¿sería posible pensar en una postulación al subsidio del allegado, con la mitad de atrás del sitio? O bien en una postulación compartida o en arreglos de ese tipo, que permitan no deshacer esas tramas solidarias tan interesantes.

Finalmente, a nivel de los instrumentos, como es el financiamiento, yo diría que habría que ver cómo se puede flexibilizar el pago de los dividendos. Vimos ya como la gente, en una situación de allegamiento, es capaz de pagar cinco o seis mil pesos mensuales pero se resiste a entrar a un sistema de postulación. Veamos cómo se puede avanzar en el asunto de la solidaridad. Esto puede materializarse en el compartir a través de construir juntos, en el hacerse cargo de ciertas tareas dentro de la vivienda, en apoyar la construcción, en el cuidado de los niños y el lavado de la ropa, etc. En muchas situaciones, sería mucho más positivo buscar soluciones en forma compartida que pensar en un esquema individualista.

Finalmente hay que decir en relación a este tema que a un individuo lo podemos hacer esperar 10 años hasta darle una casa, pero a una familia no. A los 10 años, la familia ya no está, se ha desintegrado; esto es una realidad. O se atiende cuando está, o ya no existe. Por eso, si uno dice que va a preocuparse de la familia, esto implica un compromiso de urgencia muy importante.

Eso sería lo que yo les quería plantear, en forma muy rápida. Me parece que hay mucho que hablar sobre el tema de la familia en relación a la vivienda y que tenemos que seguir haciéndolo, para que las soluciones habitacionales se construyan realmente sobre la base de que la vivienda es para la familia.